

ct

Placenta

de
Julio Provencio

(fragmento)

ESCENA 1

La ZORRA

(En la cocina de su casa)

De noche, con el pueblo a oscuras, padre corría con la niña en brazos. Yo no podía morirme, yo no. El ama vieja tenía leche para el pueblo entero, pero todos iban de noche. Que no se nos viera el hambre. Que lo seco quedara en casa.

A la mañana, en la era, aún manchaba la chaqueta la baba de la hija pequeña. Por fin un no varón. Que el anterior también fue niño... Y tuvo suerte... de morir. Madre no miraba ya lo que paría.

Con salir yo le entraron a ella nuevas fiebres. Se le iba el calor por el cuello y por el vientre, pero el pecho se le contraía.

Por eso me amamantó aquella nodriza. Y me crio, después: sana, fuerte... Ella, despreciada por todos de día, cotizada por las noches. Ella... Y yo a su lado, escondida.

Muchos repetían, iban más tarde, ya sin el crío. Para hacerle los hijos que la mantenían lechera. Buena res: callada y generosa.

Mi padre no quiso tocarla nunca. Por no contagiarla, quizá. Para que no le diera también por parir bichos medio muertos.

No. Que mantuviera los pechos sanos para su hija, para mí. Para que yo tuviera alguien a quien correr a acurrucarme. Y así no estuviera en casa, viendo lo negra que nos corría la sangre.

El luto se llevaba por debajo y por encima de la piel, en casa de mis padres, año tras año, de invierno a invierno.

Luego, en Pascua, las vecinas pasaban a traernos las rosquillas recién hechas, que yo no quedara sin probar el dulce. Que la niña de la enferma saliera normal. Con rosquillas, como todo el mundo; con dulces de primavera.

Yo cogía unas cuantas y se las llevaba a la nodriza a escondidas. Y ella hacía una fiesta de aquello. Sacaba la fuente de metal, las colocaba, las olía... Sonreía.

Y bailábamos. Y elegíamos. Y las guardaba en la despensa con cuidado. Que duraran.

Ella tampoco podía bajar al horno en fiestas. Si nosotros por desgracias, ella por no haber dinero... Por no dar lugar a que los otros dijeran.

Los unos, sin poder celebrar; la otra, sin poder pasearse. Encerrada. Con la puerta abierta a todos.

Yo, con ella. Así fue fácil... acabar igual que ella. Aprender bien y mejorar el oficio, como ella decía...

‘Aprende los tiempos, aprovecha bien lo mojado, ve templando la carne para que el perro vuelva. Y no cambies el ritmo, que se acuerde fácil de lo que ha perdido, y vuelva.

Aprende... Y lleva un hogar entre las piernas, para que te dejen entrar en tierra ajena. Sin hacer ruido, busca un rincón en el pueblo donde todos sepan que estás... Y deja la puerta abierta’.

Yo me traje ese lugar aquí, a esta ciudad. Cuando acabó de morir mi madre, a los diecisiete años.

Mejor un autobús a tiempo que el luto de una hija huérfana. Mejor llevarse el calor bien lejos, no fuera a secarse pronto.

Y aún aguanta, aquí, en el mismo rincón de entonces, sesenta años después.

Como todo en este barrio, aguanta... La misma gente, la misma calle.

Porque los viejos de ahora somos los que llegamos entonces, los mismos. Donde nos dejó el autobús un día, aquí seguimos. No nos hemos movido, ¿para qué?

Al llegar, pisamos el suelo y la calle se hizo nuestra. No era de nadie, y nosotros la bautizamos con solo pisarla. Solo con venir de fuera y abrir huecos, rincones... Y un hogar entre las piernas.

Y dejar la puerta abierta. Solo así puede ser tuya la calle.

Por eso están nerviosos, los viejos, últimamente. Con toda esa gente, por la calle, aquí en el centro.

No paran de moverse. Hay ruido, como siempre, pero ahora huele distinto. El ruido no se va.

No hay manera de estar a gusto ahí fuera. De encontrar la piedra donde apagaban el cigarro, los viejos. No está. Sienten que les están quitando la calle, que ya no es suya.

Que ya da igual quién seas, quién hayas sido...

Da lo mismo que hayas hecho de la calle tu casa. Hoy te dan igual con el palo en la cadera, en el costado... en el vientre...

Se vengan por donde los parimos, los hijos de puta. Se han debido enterar de que ahogamos parte de su camada para que ellos salieran vivos.

Y vienen con toda esa rabia, la de toda la vida, recién descubierta.

Pero la calle no es de esos lobos, tampoco. Esos se van. Vienen a joder y se van.

La calle ya no es de nadie. Ese es el problema.

Menos aún de la niña esta. De tu hija.

Que me la encuentre en la acera, ahí, tirada. Con los ojos perdidos, sin saber dónde está. O qué hacer.

Se creía que la calle era suya, seguro. ¿O no?

Y al verse sola ahí en medio se ha dado cuenta de que no. No...

Que es de cualquiera menos suya...

Me la subo magullada y ni pregunta dónde va, ni quién soy...

Le curo el cuello, le lavo el costado, y me mira sin saber de dónde le viene el dolor. En silencio.

(El PADRE, nervioso y comenzando a desconfiar, se acerca a la ZORRA)